

Historia económica mundial: del Paleolítico al Imperio Romano

Martos Gómez, Jose Juan

Universidad de Lima

jmartos@ulima.edu.pe

Resumen: Historia Económica es una ciencia que ayuda a entender el mundo económico como es actualmente analizando cómo ha sido la economía de los diferentes países a lo largo de su historia. En esta nota académica empezaremos, extrayendo de libros de especialistas en el tema, la historia económica desde el Paleolítico hasta la caída del Imperio Romano, pasando por el Neolítico, la civilización Sumeria, Griega y finalmente el Imperio Romano.

Palabras clave: historia económica, agricultura, neolítico, sumerios, griegos y romanos.

La idea fundamental de realizar esta serie de notas académicas basada en la historia económica mundial es conseguir que sirvan de base para una futura asignatura, que existe en la mayoría de las universidades del mundo, de historia económica mundial.

La historia económica es la rama que estudia los hechos del pasado desde el punto de vista del análisis económico.

La historia económica de la humanidad podríamos decir que nace con la propia humanidad o con la agricultura en el Neolítico aproximadamente 7.000 años antes de cristo (a.C.). Si empezamos antes de la agricultura habría que comenzar en el Paleolítico, aproximadamente hace 20.000 o 30.000 años con un cierto desarrollo tecnológico, y desarrollo social.

Durante el Paleolítico las tribus eran grupos migratorios que se trasladaban dentro de un área geográfica recolectando frutos y buscando caza de animales, basando su economía justamente a estas dos principales actividades de supervivencia que generaban no solo el alimento de la tribu, sino que generaban sus herramientas, sus ropas.

Sin embargo, el gran cambio o la gran evolución de la antigüedad llegaría con el Neolítico, que comienza aproximadamente el año 7.000 a.C. con la invención de la

agricultura y la domesticación de los animales. La agricultura creció rápidamente y se expandió con el cultivo de trigo, arroz y cebada y el cuidado de animales como ovejas, cabras, cerdos y posiblemente ya vacas.

Estos acontecimientos fundamentaron que el hombre se pudiera asentar en un terreno de forma relativamente estable. Esto le abrió la posibilidad de acumular mayor cantidad de bienes materiales (ya no tenía que trasladarse con ellos de forma habitual) y podía dedicar más tiempo a actividades no relacionadas con la mera subsistencia, como el arte o la religión. Así se produjeron grandes avances que hicieron perfeccionarse la agricultura desde nuevos utensilios, nuevas técnicas, cosechas y nuevos animales.

La vida sedentaria de los poblados agrícolas permitió una división del trabajo, la que implica especialización que lleva a una mayor eficacia y progreso tecnológico. Surgiendo especializaciones como la alfarería iniciada a través de las construcciones realizadas por ladrillos de barro secado al sol. Y la metalurgia para armas, utensilios y adornos de bronce que remplazaban a las herramientas de piedra, arcilla y otros materiales.

La división del trabajo y la evolución de las nuevas artes, como la metalurgia y la alfarería, requerían alguna forma de intercambio o comercio. El trueque, intercambio de bienes o servicios por otros bienes o servicios, se practicaba desde el Paleolítico y se generalizó durante el Neolítico.

Las condiciones de vida mejoraron ligeramente respecto a las de las comunidades cazadoras y recolectoras. La provisión de alimentos era algo más regular y segura, y las viviendas sin duda eran mejores; pero, como la población tendía a aumentar al mismo tiempo que los medios con que mantenerla, los campesinos seguían viviendo en el límite de la subsistencia.

La zona entre los ríos Tigris y Éufrates, frente al Golfo Pérsico, aproximadamente sobre 3.500 a.C. nació la primera gran civilización de la historia, la de Sumer o Sumeria, con ciudades bulliciosas, arquitectura monumental y ricas tradiciones religiosas, literarias y artísticas que ejercieron influencia en las futuras civilizaciones. Su economía se basaba en una agricultura muy productiva por la fertilidad natural de sus pantanosas tierras y por las inundaciones que se producían en primavera en la zona de la baja Mesopotamia. Sin embargo, aprovechar la productividad de estas tierras requería un elaborado sistema de drenaje y riego, que requería a su vez de muchos trabajadores disciplinados y una experta supervisión y control. Éstos fueron ejercidos por una clase formada por sacerdotes y

guerreros que gobernaban sobre una gran población de siervos, formada por agricultores y artesanos. A través de los tributos, los impuestos y la esclavitud, los gobernantes obtuvieron la riqueza que se destinó a la construcción de templos y edificios públicos y a la creación de obras de arte, y que les proporcionó (al menos a algunos) el tiempo libre necesario para perfeccionar los otros refinamientos de la civilización.

La civilización trajo consigo una mayor complejidad en la división del trabajo y en el sistema de organización económica. Así los artesanos se especializaron en la fabricación de telas, cerámica, trabajo en metal y otras artes. Naciendo con ellos otras profesiones o especialidades como los arquitectos, ingenieros o médicos. Nació también la ciencia con unas primitivas matemáticas y la escritura, propiciando también una sistematización de pesos y medidas que ayudaron a la comercialización que hacían los Sumerios con los diferentes pueblos que tenían a su alrededor, sobre todo por su demanda de piedra y cobre del que carecían.

Las primeras ciudades, eran ciudades-templo, es decir, organizaciones económico-religiosas centradas en el templo o en la deidad local, representada por una jerarquía eclesiástica. Los miembros de esta jerarquía se ocupaban de dirigir los trabajos de riego, drenaje y agricultura en general, y supervisaban la recaudación de la producción como impuesto o tributo.

Sus expediciones comerciales en busca de materias primas, en especial metales y quizás otros productos, sirvieron de estímulo a las incipientes civilizaciones de Egipto, del Mediterráneo oriental y del área del Egeo, de Anatolia y del valle del Indo.

A mediados del tercer milenio, Egipto había alcanzado ya un estadio de madurez en su gobierno, arte, religión y economía, que permaneció prácticamente inalterado hasta el principio de la era cristiana. Había nacido otra gran civilización, un imperio.

En la ciudades-templo de Sumeria tenían una estructura social claramente jerárquica. Las masas de campesinos y trabajadores sin cualificar, que sumaban la gran mayoría de la población, vivían como siervos, si no como esclavos, careciendo de derecho alguno, ni siquiera de propiedad. La tierra pertenecía al templo o deidad y la administraban los representantes de ésta, los sacerdotes. En fechas posteriores surgiría una clase guerrera, cuyo mando lo ostentaban reyes o jefes que imponían su autoridad junto con los sacerdotes o por encima de éstos.

El hecho de que surgiera una clase guerrera se debía únicamente a la necesidad de defensa frente a las posibles invasiones de pueblos más primitivos. Pero a medida que la expansión de las ciudades-estado produjo una aproximación, las disputas fronterizas y por los derechos de riego se convirtieron en una fuente adicional de conflicto y conquista. Sargón el Grande no sólo puso todas las ciudades-estado de Sumer y Acad bajo una única administración central, sino que además conquistó Irán, el norte de Mesopotamia y Siria, quedando así bajo su dominio prácticamente todo el mundo civilizado de su época, a excepción de Egipto y fundando el primer imperio conocido el imperio Acadio. La base económica de estos antiguos imperios residía en el botín, los tributos y los impuestos que los conquistadores obtenían de los conquistados y de las masas campesinas.

Tenemos que tener en cuenta que la riqueza de las grandes civilizaciones ribereñas se basaba en la agricultura de regadío, que requería un alto grado de organización y disciplina de la mano de obra. Allí donde el terreno era apropiado y la mano de obra abundante, tanto para el propietario como para el gobierno resultaban más rentables grandes fincas que emplearan cuadrillas de braceros formadas por esclavos o por siervos baratos. Sin embargo, para mantener la fertilidad del suelo, los campos sólo se cultivaban uno de cada dos años (rotación bianual - barbecho).

En el milenio que se extiende aproximadamente entre el año 800 a.C. y el 200 d.C. la civilización clásica del Mediterráneo alcanzó un nivel de desarrollo económico que no se superó, por lo menos en Europa, hasta el siglo XII o XIII. La explicación de tal logro debería buscarse en la amplia división del trabajo y en una red comercial y de mercados altamente desarrollada.

Los fenicios fueron el primer pueblo especializado en el comercio y la navegación. Su actividad comercial los llevó a desarrollar el alfabeto, un sustituto más eficaz que los jeroglíficos y la escritura cuneiforme, y que, junto a otras técnicas comerciales suyas, fue adoptado por griegos y romanos. Para fomentar el comercio, y también para aliviar la presión demográfica en su reducida tierra natal, establecieron colonias a lo largo de la costa del norte de África y en el Mediterráneo occidental, en Sicilia, Cerdeña, Baleares y la costa española.

Los griegos fueron otra de las grandes civilizaciones comerciantes, éstos eran originalmente agricultores, pero pronto fueron al mar para poder complementar su pobre producción agrícola. Sus excelentes puertos naturales y las numerosas islas del contiguo

mar Egeo también favorecieron esta orientación. Ya en el período micénico (del siglo XIV al XII a.C.) podían encontrarse mercaderes griegos en todo el Egeo y en el Mediterráneo oriental hasta Sicilia.

A mediados del siglo VIII, los griegos se aventuraron a emprender la fundación masiva de colonias en el mar Negro y a lo largo de todo el Mediterráneo, llegando hasta lo que hoy es Marsella. La concentración de ciudades griegas al sur de Italia y en Sicilia fue tan grande que el área pasó a conocerse como la Magna Grecia. Este movimiento colonizador desempeñó una función económica, además de servir para aliviar la presión demográfica. Muchas de las nuevas ciudades se situaron en regiones fértiles, pudiendo así abastecer de cereales y otros productos agrícolas a la ciudad madre. También servían de mercados o centros comerciales de los artículos manufacturados de aquélla, abriendo así, mediante el sistema de mercado, la puerta de la civilización a las poblaciones indígenas de las cercanías, en su mayoría agricultores neolíticos.

La banca, los seguros, las sociedades de capital y otra serie de instituciones económicas existían ya en embrión en la Grecia clásica. Estos progresos comerciales y financieros fueron facilitados por una innovación menor en cuanto a su significación técnica, pero de trascendental importancia económica: el dinero en moneda. La moneda simplificó en gran medida las transacciones comerciales y permitió que el sistema de mercado se extendiese a individuos y grupos. Los gobiernos se dieron cuenta de que con la moneda había posibilidad de obtener beneficio y prestigio, y se apropiaron del derecho de acuñar moneda como un monopolio estatal.

Las conquistas de Alejandro Magno difundieron la cultura griega (o helenística) por todo el Cercano y Medio Oriente. A pesar de que el imperio de Alejandro se desintegró tras su muerte, la unidad cultural y económica se mantuvo. Alejandría —probablemente la mayor ciudad del mundo antes de Roma, con una población que rondaba el medio millón de habitantes— era, para los efectos, una ciudad griega, y el mayor emporio de su época. Por sus mercados pasaban no sólo las exportaciones egipcias tradicionales (trigo, papiros, tejidos de lino, cristal), sino también cientos de artículos y productos exóticos de todas partes del mundo, entre ellos elefantes, marfil y plumas de avestruz de África, alfombras de Arabia y Persia, ámbar del Báltico, algodón de la India y seda de la China. La mera enumeración de estos géneros da testimonio de la escala y la amplitud de la organización comercial.

El apogeo económico de la época clásica llegó con el imperio romano, durante los dos primeros siglos de la era cristiana. Roma hizo suyos los logros y las instituciones helenísticas.

Los griegos fueron un imperio marítimo, con diversos puertos estratégicos a lo largo de las costas del mar Mediterráneo. A diferencia de los imperios marítimos, los imperios terrestres como Persia tenían que mantener un ejército permanente para la defensa de sus fronteras. Como éstas se expandían, sus exigencias militares se multiplicaban, haciéndoles cada vez más vulnerables a los vaivenes económicos. Los romanos combinaron las rutas interiores de abastecimiento de su imperio con las rutas marítimas mediterráneas, lograron combinar las mejores características de ambos tipos de imperios. En su origen los romanos era un pueblo agricultor, la mayoría cultivaba pequeñas haciendas y respetaban el derecho de propiedad. En principio el comercio no gozaba de gran consideración, se deja en manos de clases sociales inferiores, de extranjeros o incluso de esclavos liberados. Sin embargo, el derecho romano, permitió una considerable libertad de empresa y no penalizaba las actividades comerciales. Cuidaba el cumplimiento estricto de los contratos, de hacer valer el derecho de propiedad y de llegar a un acuerdo en los litigios. Poco a poco proporcionaba un marco legal coherente y uniforme para la actividad comercial en todo el imperio.

El carácter urbano del Imperio romano fue posible, y a la vez se vio estimulado, por su altamente desarrollada red comercial y la magnífica división del trabajo que la sustentaba. La ciudad de Roma llegó a tener una población que superó el millón de habitantes gracias al comercio.

La mayor contribución de Roma al desarrollo económico fue la Pax Romana, el largo período de paz y orden en la cuenca mediterránea que permitió que el comercio se desarrollara en las condiciones favorables. La arteria fundamental del transporte fue el Mediterráneo, que se convirtió en la gran vía del tráfico comercial, con una prosperidad que nunca antes había llegado a alcanzar.

Una de las principales consecuencias de la Pax Romana fue el crecimiento demográfico. La población del imperio en su momento cumbre oscilaba entre 60 y 100 millones. El nivel de vida aumentó, pero es difícil saber hasta qué punto, pero al menos permitió el crecimiento demográfico.

La esclavitud o el número relativo de esclavos influyó también en el precio del trabajo libre; los hombres libres raramente trabajaban en ocupaciones tan desagradables y peligrosas como la minería, pero puede que en otras áreas tuviesen que competir con el nivel de vida de subsistencia de los esclavos.

Ya antes de la muerte de Marco Aurelio (180 d.C.) una serie de problemas presagiaban la decadencia del imperio y de la economía sobre la que éste se asentaba. Entre ellos se encontraban las incursiones germánicas desde el norte, la escasez de mano de obra en ciertas zonas y la gradual inflación monetaria. Estos problemas se agravaron en el siglo III, especialmente el de la inflación, como resultado de una continua desvalorización de la moneda por parte de un erario cuyos gastos siempre excedían a sus ingresos. La inflación, no obstante, era síntoma de problemas económicos más fundamentales causados por el aumento en la extensión del imperio y los crecientes costes que implicaba la defensa de las fronteras del norte y del este. El emperador Diocleciano decretó controles de precios y salarios en su Edicto del año 301 d.C., y reorganizó los sistemas burocrático y fiscal. Sus reformas, y las de su sucesor, Constantino, apuntalaron la estructura imperial durante algún tiempo, pero no acabaron con los problemas fundamentales; de hecho, los exacerbaban.

Desde el punto de vista económico, los dos pilares del Imperio romano eran la agricultura y el comercio. Los excedentes agrícolas (la producción que supera la necesaria para el mantenimiento del campesino y su familia), aunque pequeños por lo que se refiere al campesino individual, resultaban de gran importancia al recaudarse y acumularse a través de impuestos. Proporcionaban los recursos necesarios para mantener a la población urbana, el ejército y la burocracia imperial. Sin embargo, la ordenación efectiva de estos excedentes dependía de que la circulación comercial por el imperio fuese fluida y sin trabas. Las invasiones y el saqueo de los bárbaros obstaculizaban ese comercio, pero seguramente la ineficacia y corrupción del propio gobierno imperial causaban más problemas. El Mediterráneo volvió a verse infestado de piratas, y bandas de ladrones controlaban los pasos de montaña. En ocasiones, el mismo ejército atacaba al pacífico comercio.

Los impuestos empezaron a ser cada vez más fuertes, pero su carga era inversamente proporcional a los beneficios que otorgaba el gobierno. Muchas grandes fincas, propiedad

de nobles, estaban exentas de impuestos, recayendo el peso de éstos cada vez más sobre los menos capaces de soportarlos. Durante la inflación del siglo III, cuando los ingresos fiscales se situaron por debajo de los gastos administrativos y militares, el gobierno recurrió a las recaudaciones en especie, que Diocleciano transformó en sistema corriente de contribución.

Pese a que esta drástica medida logró sus propósitos a corto plazo, subvirtió la auténtica naturaleza del sistema económico del imperio. La producción destinada al mercado descendió. Los campesinos, incluso los pequeños propietarios, abandonaron sus tierras y se pusieron bajo la protección de los grandes señores, cuyas fincas exentas de impuestos aumentaron en consecuencia. Además, a medida que decaía el comercio y menguaba la población de las ciudades por falta de provisiones, las grandes haciendas se volvían más autosuficientes, no sólo reservándose su producción de alimentos, sino también dotándose de forjas, telares, etc., y privando de este modo a las ciudades de su función. La actividad comercial había entrado en un círculo vicioso contractivo.

El intento de Diocleciano de fijar precios y salarios por decreto imperial fracasó casi por completo, pese al severo castigo estipulado para los infractores. En el año 332 el gobierno recurrió a una medida aún más drástica, al establecer la vinculación forzosa de los campesinos a la tierra que labraban, y al convertir en obligatoriamente hereditarios los oficios y ocupaciones: agricultores, artesanos, comerciantes, incluso funcionarios municipales. Al igual que la recaudación en especie, la medida tuvo un cierto éxito a corto plazo, pero para el sistema económico resultó aún más subversivo. La economía fue volviendo a un sistema primitivo de subsistencia a medida que la población descendía, las ciudades quedaban desiertas y las villas de las grandes haciendas iban pareciéndose cada vez más a fortalezas. A fines del siglo IV, el Imperio de Occidente era un armazón hueco que sucumbió paulatinamente bajo su propio peso.

La mayor parte del trabajo productivo era realizado por esclavos o por siervos campesinos cuyo rango en poco se distinguía del de aquéllos. Aun cuando hubieran tenido oportunidad de mejorar la tecnología, habrían obtenido poco beneficio, por no decir ninguno, en términos de ingresos más altos o menos trabajo. Los miembros que componían las reducidas clases dirigentes se dedicaban a guerrear, gobernar, cultivar las bellas artes y las ciencias, y consumir de forma ostentosa.

Una sociedad basada en la esclavitud puede producir grandes obras de arte y literatura, pero no un crecimiento económico sostenido.

Bibliografía

Cameron, R. y Neal, L. (2014). *Historia Económica Mundial desde el Paleolítico hasta el Presente*. Alianza Editorial., Madrid.

Palafox J. et al.. (1997). *Curso de Historia de la Economía*. Tirant lo Blanch. Valencia.

Comín, F. (2013). *Historia Económica Mundial de los orígenes a la actualidad*. Alianza Editorial., Madrid.